

Epílogo

Buenos días a todos. Me siento muy honrada por haber sido invitada a participar en este acto realizado en honor a Jean-Claude y también por hacer uso de la palabra primero, como me invitó a hacerlo Manuel. Gracias, Manuel.¹

Estoy muy conmovida, como lo pueden imaginar. A pesar de mi emoción, quisiera agradecerles y decirles sencillamente unas palabras que reflejan mi gratitud, ya que la emoción y la gratitud son los dos sentimientos que tengo en las circunstancias muy peculiares de este homenaje, rendido, en el marco de este Encuentro Nacional de Magistrados Electorales en Querétaro, a ese catedrático francés, apasionado por el derecho electoral y enamorado de México, quien era mi marido.

Emoción, ya que este homenaje va acompañado de la publicación de un nuevo libro de misceláneas mexicanas.² Algunos de ustedes, gentilmente, ya nos habían hecho el favor de colaborar en las misceláneas francesas en honor a Jean-Claude que me fueron entregadas el 28 de abril de 2014, poco tiempo después de la muerte de mi marido. Su entonces embajador en Francia, su excelencia Agustín García-López,

¹ El magistrado Manuel González Oropeza.

² El título *Mélanges mexicains*, “misceláneas mexicanas”, por su traducción literal, hace referencia a la publicación francesa en homenaje a Colliard titulada *Mélanges en l'honneur de Jean-Claude Colliard*.

consideró importante acudir a ese acto y pronunciar unas palabras, lo que me conmovió mucho.

Emoción, aún más grande, ahora que regreso a México desde nuestro último viaje, que se remonta al inicio de septiembre de 2013, cuando Jean-Claude obtuvo el grado de doctor *honoris causa* de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey. Ya sabía, saliendo de la casa de nuestro querido amigo Dong Nguyen, que nunca regresaríamos aquí juntos, que era verdaderamente la última vez.

Pues aquí me encuentran sola, sin él, pero no verdaderamente sola, ya que nuestro amigo Jean-Philippe Derosier aceptó gentilmente acompañarme desde París en este viaje. En un momento, escucharán su brillante ponencia.

Emoción, para terminar, ya que se celebran durante este mes de marzo —y sé que no es una coincidencia— tanto su cumpleaños —ya que nació el 15 de marzo de 1946. Habría cumplido 70 años— como el día de su fallecimiento en unos días, hace dos años ¡Es un símbolo muy bonito!

Hoy, 18 de marzo, estamos aquí en Querétaro y tengo conciencia del gran honor que le hace el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. De ahí viene mi inmensa gratitud hacia su presidente, Constancio Carrasco, así como hacia todos los magistrados aquí presentes, especialmente a nuestro amigo Manuel González Oropeza, que insistió, lo sé, para que este homenaje se llevara a cabo, e hizo todo lo posible por estar con nosotros esta mañana, a pesar del pequeño problema de salud que lo apresuró para alcanzarnos.

Le agradezco, igualmente, con todo mi corazón, a la señora Janine Otálora, quien aceptó moderar esta sesión; ella que conoció también a mi suegro, el decano Claude-Albert Colliard. Se trata, entonces, de un asunto familiar con la siguiente generación. Hasta le hizo visitar, con el profesor Rivero, Teotihuacán, “el lugar donde los hombres se vuelven Dioses”, uno de los pocos lugares en el mundo donde se siente realmente la trascendencia, como le gustaba decir a mi esposo.

¿Cómo llegó Jean-Claude a México? Nuestro amigo Dong les revelará el secreto. Le dejo hablarles de esto. Querría solo decirles que Jean-Claude vino a México por primera vez en 1997. Este viaje lo hizo enamorarse a primera vista. Por fin, había encontrado un país donde los debates políticos, así como los jurídicos y los temas electorales,

eran una verdadera pasión. Es decir, un verdadero *pays de cocagne*, como se dice en francés, para un hombre como él, apasionado, tanto por la política como por el derecho electoral.

Regresó tan entusiasmado como apasionado por las personas que había encontrado, así como por la magnificencia de los sitios visitados.

Me perdí ese primer viaje a México, pero no los siguientes, y sería incapaz de decirles cuántas veces lo acompañé aquí. ¿Doce veces tal vez? Más. ¿Veinte veces? No sé. Por lo menos una vez al año, ya que, después de unos meses, empezábamos a sentir añoranza por el país, por su país. Como lo pueden ver, nuestra historia de amor con México sigue escribiéndose desde hace 20 años, y por mi parte continúa.

Ahora, si me lo permiten, ya que hablo como esposa de Jean-Claude, me gustaría darles una perspectiva más personal acerca del ser humano que era Jean-Claude Colliard y cómo se convirtió en un especialista diestro en derecho electoral y ciencia política, antes de involucrarse, más adelante, en la vida política. En efecto, el hombre que conocí, muy joven, no se dedicaba a la política. Su familia era de izquierda, muy republicana y liberal, pero él no era militante ni estaba afiliado a un partido político. Cuando nos conocimos no había cumplido yo 18 años y él tenía un poco más de 20. Éramos estudiantes en el Instituto de Estudios Políticos de París, en 1966. Nos encontramos, yo en segundo año y él en tercero, en una conferencia común, lo que hoy llamamos trabajos dirigidos en las facultades de derecho. Desde la segunda sesión se sentó a mi lado. A partir de ahí nunca nos alejamos uno del otro.

Por conocerlo desde hace tanto tiempo, me es fácil aclarar algunos aspectos de su trayectoria, empezando con ¿cómo Jean-Claude se volvió un especialista en ciencias políticas?

El presidente Carrasco, en el prólogo de las nuevas misceláneas mexicanas, nombra a Jean-Claude con ese bonito título de *maestro*, pensando, de hecho, en los numerosos discípulos que tenía aquí en México. Jean-Claude hablaba de ellos como “sus hijos académicos mexicanos”, que consideraba un poco como los míos.

Él mismo tuvo la oportunidad de tener dos maestros, completamente excepcionales. El primero, André Hauriou, que llamaba con ternura “mi viejo maestro”, un gran nombre del derecho constitucional y un hombre extraordinario, de quien se volvió asistente durante sus últimos años académicos. El segundo fue Maurice Duverger, totalmente diferente al primero, pero tan brillante precursor de la ciencia

política. Se volvió, una vez más, su ayudante, y realizó su tesis con él dirigiéndolo, la cual trata de los regímenes parlamentarios contemporáneos, y se convirtió en un verdadero clásico.

En esa obra analizó las elecciones que se realizaron en 24 países de Europa y los gobiernos que estas generaron, desde la Segunda Guerra Mundial. Indujo de este análisis numerosas enseñanzas, así como leyes todavía pertinentes hoy en día. Eso fue, sin duda, el inicio de su pasión por el derecho electoral.

Se debe también decir que Jean-Claude fue, hasta el final, el discípulo de Maurice Duverger, cuyo fin de vida fue tan triste, olvidado injustamente por los que le debían mucho, a pesar de que fue un politólogo inmenso. Fue él quien introdujo la ciencia política en Francia, con una obra magistral de 1954 acerca de los partidos políticos. ¡Eso no es poco! En aquella época, la ciencia política y las instituciones políticas convivían en armonía; teníamos, al mismo tiempo, cursos de derecho constitucional y de ciencia política. Hoy en día las cosas son diferentes, tal vez porque el sistema francés de la *agregación*³ ha evolucionado mucho desde 1972. Mi marido fue uno de los últimos participantes de este concurso de oposición en derecho público y ciencias políticas. A partir de 1972, se dividieron los dos concursos, de tal manera que la ciencia política, al volverse autónoma, ha tendido a menudo a inclinarse excesivamente hacia la sociología, lo que preocupaba a Jean-Claude, quien tenía una concepción más rigurosa y más institucional, digamos, de esta disciplina.

Ahora, les quiero hablar de los ideales que teníamos en aquella época. Se dice, a veces, que el que logra su vida es el que hace de los sueños de su niñez una realidad. Creo que es el caso de mi marido. Tuvo una vida feliz. Cumplió efectivamente la mayoría de las cosas que quería hacer cuando era niño.

¿Cuáles eran, en el fondo, los ideales de este hombre joven, quien, gracias a maestros excepcionales, se inició tanto en la ciencia política como en el derecho electoral, defendió su tesis doctoral brillantemente a los 26 años y obtuvo la *agregación* a esa misma edad? Sus ideales principales no estaban sujetos a negociación, y eran el Estado, servir

³ Concurso que sirve para seleccionar a los profesores que enseñan en las facultades de derecho.

al Estado y el servicio público. No le interesaba presentar el concurso de la Escuela Nacional de Administración,⁴ no soñaba con las puertas que esta abría o los puestos que proponía. El derecho era su vocación; sobre todo enseñar el derecho. Desde luego, como dice el refrán en Francia: “il était tombé dedans quand il était petit.”⁵ En efecto, su padre, el decano Claude-Albert Colliard, era un gran catedrático de derecho internacional y libertades públicas, sus tratados todavía son fundamentales. Era también —menos lo saben— el nieto, por parte de su madre, de Georges Ripert, una eminencia en derecho privado.

Mi marido, efectivamente, ha vivido en este medio intelectual y universitario, pero, contrariamente a lo que asevera Bourdieu, si se volvió profesor no fue únicamente por atavismo o como “heredero”; era, realmente, sobre todo y de corazón, un profesor. Además, siempre, sin importar las funciones que desempeñaba, se hizo llamar de esa manera. Había igualmente renunciado al título de decano —el de su padre—, a pesar de que él también ejerció estas funciones dos veces: muy joven en la Facultad de Nantes y, más adelante, como titular del Departamento de Ciencia Política de la Universidad París 1.

Para él, el título más valioso era el de profesor. Fue profesor en paralelo con las funciones que desempeñó al servicio del Estado, excepto durante los siete años en el Palacio del Eliseo, como jefe de gabinete del presidente François Mitterrand, quien le pidió renunciar a sus clases. Fuera de esta excepción, siempre concilió su amor a la docencia —base de su vocación— con las actividades públicas que tuvo que desempeñar y que eran totalmente imprevistas al inicio, pero que las oportunidades de la vida le ofrecieron.

Es cierto: lo adoraban sus estudiantes. Cuando estaba cansado, nada le daba más energía que estar en un auditorio llenísimo, con estudiantes de primer semestre, para comunicar su pasión a estas mentes intactas, o bien, en *petit comité*, en el marco de seminarios de doctorado, explicando los arcanos de la ingeniería electoral con curvas y ecuaciones para comprobar su demostración.

⁴ Escuela que prepara a los funcionarios de alta jerarquía en Francia.

⁵ Lo que significa que, desde niño, estuvo acostumbrado a vivir en un entorno de expertos en derecho.

Era, sobre todo, un profesor totalmente apasionado de lo que hacía y creo sinceramente que, si no hubiera estado involucrado en la política, habría sido un hombre completamente realizado, ya que la docencia le satisfacía y le hacía un hombre feliz. Finalmente, nuestra vida fue mucho más compleja e interesante. Ya hablé de tres puntos: el Estado, el derecho y la docencia. La política, el cuarto punto, llegó más tarde.

Ahí empieza el segundo tema que quiero compartir con ustedes: cómo Jean-Claude, jurista y politólogo, se involucró en la vida política.

Como lo mencioné anteriormente, cuando lo conocí no tenía actividades políticas. El origen de todo fue una reunión que impactó su vida para siempre; una reunión, en 1969, por medio de una amiga en común, con quien se convertiría en presidente de la República: François Mitterrand. A partir de ese momento su vida tomó un nuevo camino. Recuerdo haberlo acompañado cerca del Jardín de Luxemburgo, donde vivía Mitterrand, quien creyó que venía a pedirle su apoyo para ser designado en un distrito como candidato a un cargo de elección popular. Le dijo que no era posible, que él era un político cuya carrera estaba terminada, que era muy gentil en venir a visitarlo, pero que no podía hacer mucho por él. Jean-Claude lo vio, efectivamente, en 1969, y la fecha tiene su importancia, pues la popularidad del Partido Socialista estaba en su nivel más bajo. Acababan de celebrarse las elecciones presidenciales, que ganó Georges Pompidou, mientras que la izquierda, con sus múltiples candidatos —Mitterrand no era uno de ellos—, alcanzó cerca de 5% de la votación. Es poco decir, entonces, que Mitterrand estaba en un momento muy difícil de su vida política, abandonado por quienes habían apostado por él para desarrollar su carrera profesional. De ahí el asombro que le provocó la visita de un joven brillante para decirle: “Escúcheme, quiero trabajar con usted, sus ideas me interesan”. François Mitterrand contestó: “Si quiere realmente trabajar conmigo, ¿por qué no? Lo nombraré jefe de gabinete”. Así empezó esta historia y sigo pensando que es por esa visita totalmente desinteresada de mi marido que, en 1981, Mitterrand se acordó de él, decano de la Facultad de Nantes en aquel momento, y le pidió seguirlo al Palacio del Eliseo, como jefe de gabinete adjunto, y después como jefe de gabinete, de 1982 a 1988.

A partir de ahí, el calendario electoral y sus fechas decisivas estructuraron nuestra vida. No quiero hacerles una biografía fastidiosa,

que ya conocen; por lo tanto, me limitaré a exponer unos comentarios acerca de las fechas clave de su trayectoria política.

- 1971: Épinay, donde François Mitterrand tomó el control del Partido Socialista, para lanzarse, en mejor posición, a la conquista del poder por segunda vez.
- 1974: elección presidencial, en la cual participamos de manera activa. Me apasionó tanto que se volvió el tema de mi tesis de DES⁶ de ciencias políticas. François Mitterrand, candidato, perdió por poco la elección, con 49.33% de la votación, pero el futuro le pertenecía. Fue la primera campaña presidencial moderna en Francia, con medios de comunicación y técnicas de propaganda novedosas. Nos casamos justamente después. ¡François Mitterrand nos complació y honró siendo nuestro testigo de boda!
- 1981: François Mitterrand, presidente de la República, le pidió trabajar con él. ¿Acepta renunciar por un tiempo a sus funciones como decano y profesor para seguirlo al Palacio del Eliseo? Jean-Claude contestó: “Señor presidente, si eso significa ir a trabajar con usted, ¡acepto!”. Desde luego, aquello fue absolutamente apasionante.
- 1988: segunda cita importante, cuando Laurent Fabius, designado presidente de la Asamblea Nacional, le pidió ser su jefe de gabinete. Después de haber conocido el Ejecutivo, nos sumergimos en la vida parlamentaria. Fue una experiencia extraordinaria, aun para mí, docente, ya que tenía la oportunidad de utilizar la maravillosa biblioteca de la Asamblea Nacional, donde podía obtener las estadísticas más recientes del trabajo parlamentario, sin olvidar el acceso, en todo momento, a los acontecimientos importantes de las sesiones de la Asamblea. Laurent Fabius dejó la Asamblea en 1992, así como Jean-Claude y todo el gabinete. Fue entonces cuando regresó a la Universidad París 1, donde fue electo para encabezar el departamento de ciencia política y se dedicó plenamente a la docencia.
- 1998: Laurent Fabius, de nuevo presidente de la Asamblea Nacional, lo nombró miembro del Consejo Constitucional.

⁶ Equivale a un posgrado.

Jean-Claude vivió una tercera experiencia en un tercer poder: el Judicial. Así, conocimos, uno tras otro, los tres poderes del Estado. No estaba previsto al inicio, ya que debía vivir con él la vida totalmente clásica de un catedrático de la Universidad. Al contrario, tuve la suerte, como docente, de hacer “trabajos prácticos” en el ámbito del Poder Ejecutivo, del Poder Legislativo y del Poder Judicial. Este periodo en el Consejo Constitucional, durante nueve años, fue también un verdadero placer. Luego, nuestra vida se conformó de nuevo al ritmo de los semestres universitarios.

Aprovecho esta mención para señalar la reciente nominación de Laurent Fabius como presidente del Consejo Constitucional, por parte de François Hollande; guiño de la vida, ya que, como acabo de decirlo, fue él quien nombró a Jean-Claude en esa misma institución, en 1998.

Sin duda, será un gran presidente. Encabeza el Consejo en un periodo absolutamente clave, un verdadero giro decisivo para esta institución, que inició el anterior presidente, Jean-Louis Debré. De hecho, nuestro Consejo Constitucional se está convirtiendo en una verdadera Suprema Corte, con la introducción del control por vía de excepción, así como por el uso de la cuestión de constitucionalidad prioritaria, que aumenta mucho la carga de trabajo del Consejo, pero, también, le da un poder mucho más decisivo. El presidente Fabius, exministro de Asuntos Exteriores, tendrá, seguramente, muchas ganas de consolidar también la institución en el ámbito internacional. Así, una gran labor lo está esperando, además viene un año electoral extremadamente difícil y el Consejo Constitucional, como juez de las elecciones presidenciales y de las elecciones legislativas posteriores, va a tener un trabajo considerable. ¡Espero que sus nuevas funciones no le impidan visitarlos!

Dicho esto, regresemos a la vida de Jean-Claude. Deja el Consejo en 2007. Antes del final de su carrera académica, prevista en 2012, tuvo la felicidad de cerrar con broche de oro al volverse, en 2009, presidente de la Universidad Paris 1, Panteón Sorbona, de regreso en el *alma mater*, después de haber ejercido altos cargos en los palacios de la República. Quienes lo conocieron saben de su modestia, que nunca sintió la embriaguez del poder, que siempre supo ser flemático y mostrar una sabiduría legendaria. En efecto, tenía una percepción divertida del mundo y mantenía una cierta distancia de todo eso.

Sin embargo, cuando regresó a la Universidad como presidente, ya estaba enfermo. No obstante, tuvo la valentía, durante los dos años siguientes, de asumir la presidencia del PRES HESAM (Polo de investigación y enseñanza superior que agrupa a la Escuela Práctica de Altos Estudios, la Sorbona y la Escuela Nacional Superior de las Artes y Oficios), función a la cual dedicó muchos esfuerzos. El gobierno de entonces quería crear sinergias entre las universidades y las grandes escuelas⁷ (muy distintivas del sistema académico francés), “lugares de excelencia académica”, que ambas representan a su manera.

Desde hace unos años, era también el presidente de la Fundación Santé des étudiants de France. Esta fundación está encargada de más de una docena de hospitales reservados a los estudiantes. De esta manera fue, además, un presidente constructor. Durante los últimos años de su vida tuvo la oportunidad de hacer construir nuevos edificios, entre los cuales se encuentra una residencia que tendrá su nombre: El centro Colliard, que se inaugurará en unos meses. Además, Jean-Claude hizo que se ampliara la Universidad Paris 1, al lograr que se dejara a su disposición un antiguo cuartel cerca de la Sorbona que, una vez acondicionado, hará mucho más sencilla la vida de los estudiantes, sobre todo los del primer y segundo año, que tienen clases enfrente. Con mucha felicidad les cuento estos proyectos, en los cuales estuve involucrada. Estoy feliz y orgullosa de que mucho de lo que él sembró se lleve a cabo.

El hombre joven, dinámico, abierto, deportista, a quien conocí en los pupitres del Instituto de Ciencia Política, era, sin duda, un intelectual sutil, pero la vida con él me hizo descubrir que era también un constructor, como lo demuestran las aventuras a las cuales me llevó y que tuve la felicidad de compartir con él. Un hombre que respiraba la felicidad de vivir, con un sentido del humor a toda prueba. Fue un privilegio vivir a su lado.

Tranquilícense, llegó al final de estas largas confianzas.

Para terminar, quiero decirles que la vida de Jean-Claude fue muy bella, apasionante, incluso divertida y útil. A pesar de su tranquilidad legendaria, la vivió con pasión. Se fue con la estima de todos y el cariño

⁷ Escuelas selectivas que aceptan solo a los mejores estudiantes, al contrario de las universidades abiertas a cada titular del bachillerato.

Epílogo

de muchos, lo que no se obtiene de manera tan obvia, al final de una trayectoria como la suya, para quien el Estado, el derecho y la política fueron verdaderas pasiones.

Fue un gran profesor, un gran juez constitucional, que mantuvo la cabeza fría en los palacios dorados de la República.

Como esposa, quisiera añadir que el hombre privado estaba a la altura del hombre público, lo que no es tan común. La complicidad con mi marido era completa en todos los ámbitos y tuve la suerte de acompañarlo en los momentos apasionantes de su vida. En lo privado, era un hombre feliz, sencillo, tan sabio como justo, un hombre que respiraba la felicidad de vivir.

Con este homenaje y estas publicaciones, es el recuerdo que ustedes mantienen vivo lo que me conmueve mucho. Estoy profundamente convencida de que “muere verdaderamente solo la gente de la cual no se habla más”. Por lo tanto, les agradezco con todo mi corazón por hacer que hablemos todavía de Jean-Claude, aquí en Querétaro, muy, muy lejos de nuestra casa y que, gracias a ustedes, su recuerdo siga viviendo, por medio de su cariño, el mismo cariño con el cual me reciben hoy en día, y por el cual les agradezco de nuevo con todo mi corazón.

Sylvie Colliard